

ASENSI PÉREZ, Manuel, *Los años salvajes de la teoría. Phillippe Sollers, Tel Quel y la Génesis del pensamiento post-estructural francés*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2006, 495 pp.

Hace dos años, en el número 131 de esta misma revista, tuve el placer de reseñar el libro de Manuel Asensi *Historia de la teoría de la literatura (el siglo XX hasta los años 70)*, Valencia: Tirant lo Blanch, 2003. Ya entonces, quedaba sumamente admirada por un proyecto, que no sólo revelaba un profundo amor por el pensamiento *sobre* la literatura y *de* la literatura; sino un saber inmenso en torno a temas de toda índole, junto con un inusual talento para la transmisión pedagógica, que habrían de convertir a ese libro en una de mis lecturas de referencia durante estos tres años. Ahora tengo entre mis manos *Los años salvajes de la teoría* y vuelvo a quedar asombrada, porque Manuel Asensi tiene el don de transformar la historia de la teoría de la literatura en una historia cautivadora, pero también en una historia cercana, donde cada uno de sus nombres y sus conceptos acaban por transmitirnos un afecto, que nos ayuda a sobrevivir en un mundo donde la pregunta «¿para qué sirve?» amenaza con engullir las humanidades, que algunos juzgan como meramente lúdicas. Desde aquí, recordar el proyecto *Tel Quel* supone reivindicar el decir y el hacer de muchos de nosotros:

«*Tel Quel* sirve, dice Sollers, para «no morir de desesperación en un mundo de ignorancia y perversión». Es una respuesta pasional, afectiva, agresiva. Pone de relieve lo que fue el *proyecto* telquelista: un intento de cambiar la realidad atento a los engaños de otras propuestas de cambio que fueron estériles o bien condujeron a situaciones peores... Lo que se halla en el origen de este estudio es algo que debería mover los afectos de todos aquellos que nos interesamos por la literatura, la teoría

de la literatura, la historia de la literatura etc. ¿Por qué? Porque es la literatura, es la teoría, lo que *Tel Quel* propone como foco de resistencia ante la ignorancia y la perversión del mundo... No sólo es que los telquelistas vieran las posibilidades políticas de la actividad teórica y literaria (eso también lo vio el marxismo clásico), sino que consideraron que la teoría literaria y la literatura eran el lugar nuclear de la política y el cambio social» (pp.13-14).

De este modo, Asensi se alinea con el telquelismo: «este libro nace de una pasión que rinde homenaje a una de las empresas más ambiciosas e imaginativas de convertir la teoría de la literatura y la ‘escritura’ en el espacio privilegiado de la acción política y de la transformación social» (p.15); al tiempo que recupera para los lectores españoles:

«una época que creyó poderosamente en el poder de la teoría y de la escritura, una época que hizo de esa teoría y esa escritura casi una razón de ser, una identidad, una época que bien podría ser llamada de los años salvajes de la teoría, no podía dejar las cosas como estaban ni en cuanto al lugar de la enunciación (¿desde dónde se hacen la teoría y la escritura?), ni en cuanto al género o géneros utilizados (¿cómo es la textualidad telquelista?), ni en cuanto a su destinatario (¿a quién se dirige esa teoría con un fin revolucionario?)» (p.21).

Nada se había escrito sobre ella en nuestra lengua con semejante minuciosidad. *Los años salvajes* pueden leerse como un paso más de la *Historia de la teoría de la literatura*, pero no uno cualquier, sino aquel que le da razón de ser.

El libro queda dividido en dos grandes partes. Una primera, donde se traza la historia del movimiento telquelista, los temas que inauguró desde 1960 a 1982, el contexto personal, político, cultural y filosófico que lo acompañó y las diferentes publicaciones de literatura y literatura com-

parada que fueron surgiendo. Una segunda, donde Manuel Asensi demuestra su inmensa capacidad para acercar al lector cualquier concepto, pero también la admiración que siente por Philippe Sollers, cuya obra, no como eslabón aislado, sino como cadena de textos, se convierte en el señuelo desde el que recorrer algunos de los pilares conceptuales teórico-literarios, pero también políticos de *Tel Quel* en el periodo que va de 1965 a 1970. *Los años salvajes de la teoría* forma parte de esa cadena, asume el programa que describe y convierte este juego especular en pasión y en revolución. Tampoco debe olvidarse que en la «Introducción» al libro Asensi dialoga con los trabajos más relevantes escritos en inglés y francés sobre *Tel Quel*, analizando los acuerdos y desacuerdos que su ensayo mantiene con ellos, gesto altamente original, que habla de ese *lugar otro* desde el que se construye su propuesta.

La primera de estas partes, que lleva por título «Historia del espacio 'Tel Quel'», se subdivide en diferentes epígrafes: «La creación de la revista (1960-1963) y el germen del conflicto», «La creación del espacio 'Tel Quel' (1963-1969)», «Las barricadas, la deconstrucción y el marxismo: mayo del 68 y sus consecuencias», «Bajo la bandera maoísta, la dialéctica, la negatividad y el feminismo (1970-1974)», «El desierto de lo real: el viaje a China», «La crítica del totalitarismo, la nueva filosofía y la literatura como disidencia: 1974-1977», «El catolicismo ateo de Tel Quel y la literatura contra *lo semblan* (1977-1982)»; al tiempo que apunta hacia una historia que no es la de una revista, sino la de un 'espacio', entendido éste como el punto de encuentro de una revista con una gestión editorial, de diferentes encrucijadas vitales, de distintos proyectos literarios, de una actitud política..., como una manera peculiar de literatura, de ideología, de pensamiento...

Desde aquí, por ejemplo, el concepto de autor deja de ser una realidad privada

y se convierte en pública: los artículos se firman con el nombre del grupo, aparecen textos en los que no sabremos dónde empieza la cita y el discurso del autor que ha citado, donde dejamos de saber quién habla; puesto que «una de las características más llamativas de la historia del movimiento *Tel Quel* fue la de poner en tela de juicio la idea de límite» (p.69), que asociada a la necesidad de un movimiento continuo, convierten al espacio *Tel Quel*, en un lugar móvil, de fronteras inciertas, y en esto radica su extrema potencialidad: «La máquina *Tel Quel* consistió en no permanecer idéntica a lo largo de su historia, en no ser la misma, en hacer del cambio una estrategia política» (p.71).

De esta manera, Asensi nos explica que

«*Tel Quel* no se desplazó desde el marxismo-leninismo del PCF al maoísmo porque no fueran marxistas o porque dejaran de serlo, sino porque su proyecto de revolución cultural como condición necesaria de revolución social dejó de encontrar acomodo y salida dentro del estrecho camino comunista, y en cambio sí los encontró en el cauce maoísta. *Tel Quel* no pertenecía al marxismo-leninismo, al maoísmo, al americanismo o al catolicismo, sino que usó todos esos moldes políticos como medios de expresión» (141).

En lo que todo el espacio *Tel Quel* parece estar de acuerdo es en que la verdadera forma de disidencia está representada por la literatura, que en ella reside un poder que va más allá de todos los saberes.

Por ello la primera parte del libro recrea el diálogo de *Tel Quel* con referentes tan dispares como el marxismo, la guerra de Argelia, el nazismo, la *nouveau roman*, el estructuralismo, la escritura textualista, el PCF, el feminismo, el maoísmo, el cristianismo etc... creando un complejo palimpsesto donde la capacidad narrativa de Manuel Asensi impide al lector perderse; pero también donde el modesto objetivo apuntado «agudizar los trazos de

ese panorama que tienen que ver con la teoría de la literatura y la literatura en general» (p. 47) es superado con creces, para pasar a convertirse en una lección de historia del pensamiento, que ilumina muchísimos de los grandes acontecimientos de la segunda mitad del siglo XX.

Asimismo, son muchos los nombres que se van a convertir en protagonistas de esta historia: Roland Barthes, Derrida, Foucault, Lacan, Todorov, Kristeva, el propio Sollers... sobre los que Manuel Asensi habla como teóricos, pero también como amigos, competidores, amantes... en un gesto de humanización nada gratuito, pero sí muy reconfortante para el lector, que encuentra en el vínculo corpus-cuerpo, (no en vano objeto de interés prioritario del propio telquelismo) un nuevo camino de lectura, que es también una apuesta pedagógica: «Olvídamos que hubo una enseñanza una pedagogía (la telquelista) que, aunque no estuviera exenta de problemas, se propuso llevar a los estudiantes y asistentes al alto nivel del lenguaje filosófico y político, condición ésta considerada como necesaria para la revolución política» (p.121).

Desde ese 'espacio' que *Tel Quel* conforma, y del que todos nosotros pasamos a formar parte al leer a Asensi, la revista pudo desaparecer en invierno de 1982: «pero el espacio *Tel Quel* seguía vivo. Se cumplían las palabras que Sollers le había dicho a Jacqueline Risset en el número 86 de la revista: «¿Por qué *Tel Quel* causa sensación? Simplemente porque nadie puede saber de antemano lo que se va a escribir, lo que entraña una experiencia tal que desorienta cualquier asignación de lugar» (p. 206).

Pero todavía más, ya que la segunda de las partes del libro, aunque titulada «Los conceptos», más bien aborda «Archi-Conceptos», como demuestran los subtítulos de los capítulos: «Teoría y práctica de la revista en el telquelismo», «Pasión y poder de la literatura», «Autorreflexividad y literatura», «Texto y post-política. El relato

rojo y la reflexividad performativa», «La materia y el sujeto en *Tel Quel*».

Así, en el primero de ellos Asensi crea una «teoría de la revista», donde el «medio es el mensaje», donde la teoría y la praxis se aúnan en un gesto siempre político, donde la polifonía es una necesidad: «por decirlo en otros términos: en la revista lo que es dialógico y polifónico es el 'parergon' antes que, o además de, los textos en sí mismos. (p. 211) Por ello, si *Tel Quel* quedó marcada por el tiempo convulso que rodeo su existencia, ella misma contribuyó a hacerlo convulso, pues la revista gozó de carácter preformativo, fue, ante todo, una acción, respaldada por su valor liminar, como productora, pero también como mediadora, de la producción cultural, del debate, de la misma literatura.

Mientras «Pasión y Poder de la literatura», se pregunta: ¿Qué es la pasión de la literatura?, ¿Qué es ésta para *Tel Quel*?, y encuentra la respuesta en una literatura que se mira a sí misma, que no acepta su supuesto carácter instrumental, ni ninguna sobredeterminación que venga de un lugar extraño a ella. El diálogo de los telquelistas con la *nouveau roman* se explica porque es aquí donde ellos ven un primer camino hacia la autorreflexividad literaria; aunque más tarde las novelas de Grillet, y del propio Sollers superen este camino, y encuentren otras sendas por las que seguir avanzando en una búsqueda, aunque el tiempo acabe por demostrar que para determinarse a sí misma la literatura tendrá que borrarse como tal literatura.

De esta forma, la pasión de la literatura conecta con el problema de la autorreflexividad, pero también de la presencia de la subjetividad en el texto, aunque ésta no sea entendida según el modo de la representación clásica. Por lo que, el tercero de los capítulos de la segunda parte, se dedica a esta reflexión, como consecuencia lógica del anterior. «Más que un concepto la autorreflexividad es una matriz generadora de conceptos» (p. 265), sobre la que piensan Blan-

chot, Foucault, Barthes, Bataille..., con los que Manuel Asensi dialoga; al tiempo que *Drame, Nombres* o «Caminar sobre la Luna» de Sollers sirven para articular el tránsito de la autorreflexividad a la hiperautorreflexividad, para entablar un diálogo entre Sollers y Derrida sobre la diseminación, el injerto, la archi-escritura, la cita etc..., que constituye uno de los puntos más intensos e interesantes del libro, por lo que tiene de subversivo: ya que ahora la historia de la deconstrucción cobra un nombre propio que no es el de Derrida: Phillipe Sollers. Posiblemente este tercer capítulo constituya la mejor exposición sobre deconstrucción escrita hasta hoy en castellano.

Algo semejante ocurre con el capítulo cuarto, donde la post-política como cuestión determinante en el pensamiento de los últimos años, se nos presenta desde su génesis: ante la caída de las grandes ideologías la respuesta está en las subjetividades individuales. No obstante, el recorrido de este capítulo no es simple, pues enfrenta las nociones de texto, genotexto, fenotexto, indecible, relato rojo... mostrándose, también, como análisis preciso y minucioso de la obra de Julia Kristeva.

Por último, «La materia y el sujeto en *Tel Quel*» recoge la reflexión que sobre la materia y el materialismo llevo a cabo el telquelismo, reflexión sin precedentes en el siglo XX, que anticipa gran parte de las preocupaciones que más tarde recogerían las teorías queer; ya que ser materialista de acuerdo con Sollers consistirá en adoptar una posición no tética «cuya virtud es captar contextualmente la intercambiabilidad y la diferenciación infinita entre dos extremos de una contradicción» (p. 407). La historia de la materia se vuelve inseparable de la historia del sujeto.

Asimismo, no debe olvidarse que este libro recopila y traduce algunos de los fragmentos más significativos de la historia de *Tel Quel*, convirtiéndose, de este modo, en una interesante antología de su 'espacio'.

Si Paul de Man recogía en *Alegorías de la lectura* la pregunta nietzscheana: «¿cómo separar a la bailarina de la danza?», me permito ahora retomarla, pues *Los años salvajes de la teoría* son ya parte de *Tel Quel*, de la misma manera que la historia de *Tel Quel* ya nunca podrá leerse sin estos *Los años salvajes*...

BEATRIZ FERRÚS ANTÓN

STEINER, George, *Lecciones de los Maestros*, traducción de María Córdor, Madrid, Siruela, 2004, 187 pp.

Si hay alguien en el panorama intelectual de las últimas décadas que no necesita presentación es sin duda George Steiner. Sin embargo, puede que no sea inútil, sobre todo para calibrar el libro cuyo comentario nos ocupa, plantear la cuestión, retórica sólo en apariencia, de cuál de las extraordinarias cualidades que lo hacen acreedor al título de príncipe de los ensayistas merece destacarse como la principal. A bote pronto, yo estaría tentado de inclinarme por su inteligencia deslumbrante. Porque es lo que más placer me proporciona cuando lo leo. Al cerrar el libro – éste y otros muchos, por no decir todos los suyos–, en el momento de digerirlo y volver a abrir los ojos a la realidad, entra en competencia con la inteligencia otro valor quizás aún más raro hoy, en este batiburrillo de relativismos casi siempre triviales. Me refiero al valor de la importancia o, si se quiere, de la excelencia. Cualquiera que lea *Presencias reales* (1989) o *Gramáticas de la creación* (2001), por ejemplo, podrá discrepar de sus ideas o no identificarse con su estilo, pero no podrá negar (salvo disparate) que las cuestiones que se plantean, y el tratamiento de las mismas, son de la máxima importancia; de una importancia que se impone como evidente y no admite por tanto discusión (sería). El libro